DT 06 10

Desde sus contemporáneos, muchos han acusado a Brahms de reaccionar. Nadie se atenía ya desde hacía tiempo a los principios de las formas clásicas, y menos en el último cuarto de siglo pasado, cuando él escribía sus sinfonías. Brahms no fue desde luego un pionero ni un revolucionario.

Simplemente llevó a la máxima expresión los elementos de la música de su época, enriqueciendo mucho el lenguaje que había heredado. Lo mismo que puede decirse de Bach. Si se quiere, puede decirse que Brahms fue un conservador en cuanto a la forma.

Pero en un artículo provocativamente llamado Brahms el revolucionario, Schoenberg ha sostenido que Brahms fue el mayor innovador de su tiempo en el terreno de la modulación y del ritmo. Brahms es uno de los más grandes arquitectos musicales de la historia. Dentro de una sólida orquestación y de una forma clásica, que no se aparta nunca de los principios de estructura, contrapunto y desarrollo establecidos desde Bach hasta Beethoven, introduce una capacidad lírica excepcional, una nueva riqueza armónica, raras y coloridas modulaciones, un gran contraste de sonoridades y combinaciones rítmicas complejas.

Lo que hace Brahms en definitiva es introducir el romanticismo dentro de las formas clásicas, con una maestría y una fertilidad de ideas que no tiene paralelo en su época, y que hacen de él, después de Beethoven, el mayor compositor de música instrumental del siglo, y al mismo tiempo un solitario musical. Todo ello produce un sentimiento del irrecuperable pasado, que da a su música una intensidad no alcanzada por ningún otro seguidor del estilo clásico. Brahms, que evita la música programática y parece no querer contarnos nada, nos habla no obstante de su pesar por haber nacido demasiado tarde.

Las cuatro sinfonías de Brahms son lo más importante que se ha hecho después de Beethoven en el terreno orquestal, y de ningún otro compositor es más difícil decir cuál es la mejor de sus sinfonías. Por el bello tema de su Alegretto y por una amable película, la más conocida es la tercera, de la que nos ocupamos el año pasado, y es célebre el final beethoveniano de la primera. En cualquier caso, desde que se estrenaron hace un siglo, las cuatro están entre los valores más firmes y más constantes del repertorio, y ninguna debe desconocerse.

Pero la culminación, no sólo cronológica, de la obra orquestal de Brahms es la cuarta. La más grande de las sinfonías desde la novena de Schubert y, como estructura, incluso desde la novena de Beethoven. Por su belleza melódica, el primer movimiento merecería tanta celebridad como el Alegretto de la tercera.

El segundo movimiento es ejemplar del arte del claroscuro de Brahms, y es uno de los más originales e inspirados movimientos lentos de toda la literatura sinfónica. El tercer movimiento, que estamos oyendo entero, se acerca algo a un esquerzo, y es un caso único en las sinfonías de Brahms. El cuarto movimiento es un gran ejemplo de la maestría de Brahms para variar un

tema, y de que sus sinfonías son un todo que demasiados directores dispersan en los detalles.

Furtwängler es el mayor brahmsiano de la historia, pero sus grabaciones en microsurco, por la época, son a menudo de un sonido excesivamente deficiente. De ese conjunto, que son las cuatro sinfonías de Brahms, quizá la mejor elección sea la de otro gran director y brahmsiano que estamos oyendo, Bruno Walter, ahora excelentemente reeditado en compacto. En la cuarta es muy bueno, excepto en el tempo del final.

Quien encuentra la vieja y aún fresca grabación de Decca de Kubelik, con la filarmónica de Viena, que no la deja escapar. Es una interpretación impecable. Buenos y más recientes son también Solty, Böhm y sobre todo Giulini.

Esta es una sinfonía que está al alcance de pocos directores. Algunos críticos están dispuestos a jurar por Karajan en este repertorio, pero incluso la versión de Toscanini, que en su tiempo muchos recomendaban como de referencia, es una catástrofe.